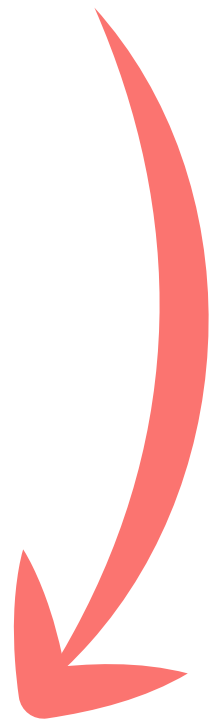
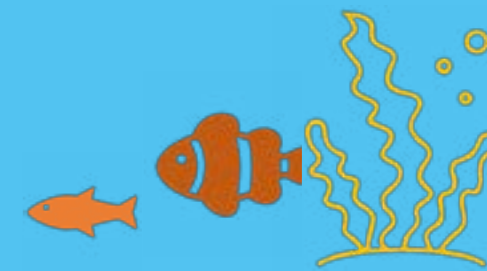
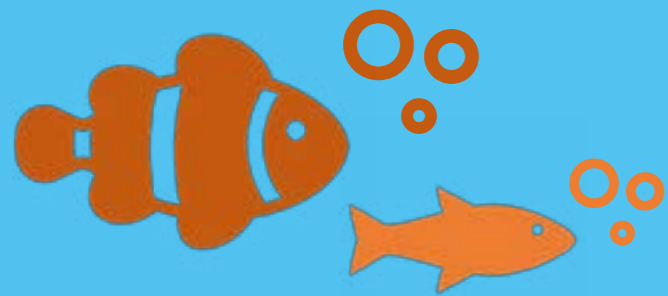


Navegando en altamar



Autora: Ona Segovia y Martina González - Barcelona
Tutor: Albert Carbó Martínez



- *Chicos, por favor, sentaos. – dijo el profesor Williams.*

El profesor era un señor de unos 60 años aproximadamente, de cabello gris y mechones blancos, piel morena y castigada por haberse pasado su vida navegando en alta mar.

Cuando los niños se sentaron, Marcos exclamó:

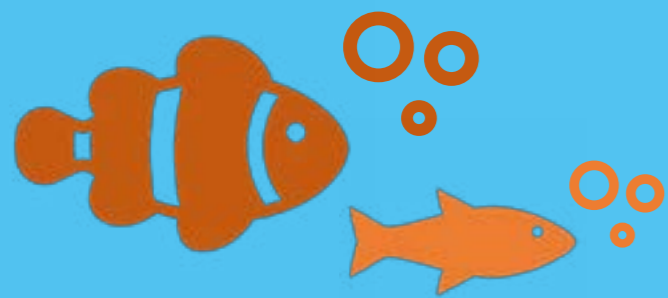
- *Señor Williams, ¿nos va a contar una historia de cuando tú navegabas?*
- *Sí, pero primero sentaros en un círculo alrededor de mí. Hoy tenéis el día libre.*

Y todos saltaron de alegría.

De repente, un silencio incómodo invadió la sala hasta que el señor Williams empezó a narrar la historia.

Estaba yo navegando en mi barco Perla Negra cuando, de pronto, vimos que una tormenta se acercaba. Mi tripulación se angustiaba y mientras yo intentaba calmarlos, la tormenta se nos abalanzaba. Di la orden para que los esclavos remaran, mientras que el barco se inundaba. A la vez, íbamos preparando una barca para salvarnos, algo que solo los más afortunados podrían conseguir. Saltamos a la barquita, pero aún teníamos que salir de la tormenta. Remamos sin parar hasta una isla remota donde la naturaleza abundaba. Estuvimos allí unos 40 días, sobreviviendo con lo que había y esperando a que llegara un barco a rescatarnos. Pasaron unos días y no aparecía ninguno. Pero aquel día por fin llegó uno. Era una mañana soleada. Entramos en él sin saber que eran piratas. Y en mitad de la noche nos ataron al palo mayor y nosotros no nos dimos cuenta porque estábamos dormidos.

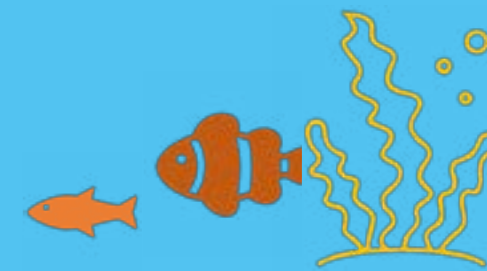




Al despertar nos dimos cuenta de que los piratas estaban locos. Y, aunque intentamos soltarnos, no lo conseguimos. Estuvimos cuatro días atados. Diluviaba, pero no nos soltaban. Una noche estrellada nos pidieron que bajáramos a la prisión subterránea, donde permanecimos unas dos horas. Luego vino un señor quien nos pidió, muy amablemente, que pasáramos a su camarote. Era gigantesco, con una gran ventana que dejaba ver la inmensidad del mar. Por la otra ventana, se podía ver a toda la tripulación y a los marineros. De repente, el señor empezó a hablar con una grave voz y nos dijo:

- *Hola, soy don Mancha y vivo aquí. Os tendréis que quedar en el camarote hasta que llegemos a tierra firme, donde os ayudaré a bajar del barco desapercibidos para que podáis ser libres.*

Nosotros no pudimos más que darle las gracias al señor don Mancha. Pasaron días, incluso meses, sin dar con tierra firme. Hasta que un día al amanecer vimos que



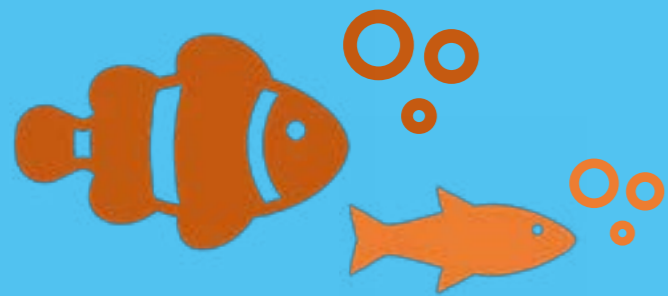
habíamos llegado. Oímos unas voces que decían que iban a descansar y a atracar en Sicilia.

Desperté a mis compañeros y preparamos nuestras cosas para abandonar el barco. Lo atracaron en un puertecito en el que no había mucha gente y, a medida que los tripulantes bajaban, nos infiltrábamos entre ellos para poder pasar desapercibidos.

Primero paramos en una posada para comer y descansar. Una vez ahí, yo decidí ir a inspeccionar la zona. Mientras caminaba, conocí a una señorita llamada Petra, ella era costurera y tejía muchas cosas. Yo me la quedé mirando y ella intervino.

- *Hola, soy Petra y esta es mi tienda de costura. ¿Quieres algo? ¿Quieres que te cosa esos pantalones?*
- *De acuerdo – respondí.*





Se los di y ella me dio otros de recambio para que me los pusiera. Después de ese intercambio de palabras sentí que me había enamorado perdidamente de ella. Y le dije:

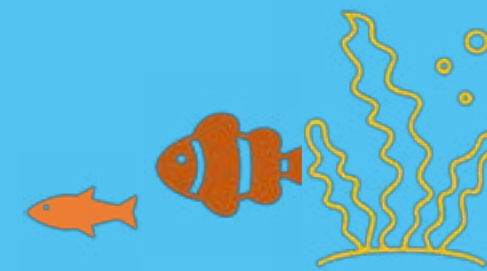
- *Te invito mañana a una infusión.*
- *De acuerdo, pero... ¿es una cita?*

Me puse nervioso y no le contesté, pero ella continuó.

- *De acuerdo, lo tomaré como un sí.*

Al día siguiente a las 19h ya estábamos juntos, esperando a que nos atendieran. Cada vez nos conocíamos mejor, hasta que yo le pregunté:

- *¿Me escondes algo?*
- *Sí, pero estaba esperando el momento oportuno. Y, además, viene un 2x1: te quiero decir que soy un pirata navegante de los siete mares y la otra cosa es que te quiero y quiero que nos casemos.*



Al cabo de un año nos casamos y al año siguiente tuvimos a Dana, nuestra hija. Pero esa no iba a ser nuestra única descendencia, también tuvimos a Berlín, a Alexeil y a Alexin. Estos últimos fueron unos gemelos que se comportaban como verdaderos terremotos.

Suena un timbre: "Ring, ring, ring"

- *Se ha acabado el colegio, niños, pero no os preocupéis. Os seguiré contando la historia otro día – dijo el profesor con tono de lástima.*
- *¡Oh!- exclamaron todos con tristeza.*
- *Adiós, chicos. Hasta mañana.*
- *Adiós, señor Williams – respondieron todos amablemente.*

